

Bésame mucho

Raquel G. Estruch



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#besamemucho

Colección: Tombooktu Chicklit

www.chicklit.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Bésame mucho*

Autor: © Raquel G. Estruch

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-49-9

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-664-7

ISBN Digital: 978-84-9967-665-4

Fecha de publicación: Octubre 2014

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-24448-2014

Te quise allá. Entonces.

Te quiero aquí. Ahora.

Te querré allí. Mañana.

Siempre.

Para S

Índice



Capítulo 1.	11
Capítulo 2.	37
Capítulo 3.	69
Capítulo 4.	113
Capítulo 5.	151
Capítulo 6.	179
Capítulo 7.	189
Capítulo 8.	211
Capítulo 9.	263
Capítulo 10.	287
Capítulo 11.	339
Capítulo 12.	369
Capítulo 13.	389

1



Sentía su cuerpo apretado junto al mío. Podía notar el calor de su piel sobre mi espalda y una considerable erección que me presionaba las nalgas. Decidí quedarme quieta porque, en momentos como aquel, me apetecía mucho más dejarme hacer que tomar la iniciativa. Estaba convencida de que si permanecía en aquella posición durante algunos segundos más, Andrés alargaría la mano, la pasearía por mi cintura y lentamente iría ascendiendo hasta llegar a mis pezones. Sólo de pensar en ello toda mi piel se erizó por completo. Dejé escapar un gemido lo bastante intenso como para que supiera que estaba completamente preparada para él. Cerré los ojos y una sonrisa se dibujó en mi rostro al notar que sus dedos me acariciaban y poco a poco ascendían hasta llegar a mi pecho. Ni siquiera hizo falta que me rozara los pezones porque sólo de pensar en el placer que me esperaba se habían puesto completamente duros. Noté cómo mi respiración empezaba a agitarse. Me moría de ganas de darme la vuelta y de besarle, pero, al mismo tiempo, quería disfrutar un poco más de aquella sensación de intimidad, de no sentirme observada y poder dar rienda suelta a todos mis sentimientos y emociones. Parecía absurdo que una mujer con treinta años no estuviera lo suficientemente segura de sí misma como para mostrar sus necesidades y deseos de una forma abierta. Pero

así era yo. Tan liberal para unas cosas y tan condenadamente estrecha para otras.

Andrés se apretó aún más contra mi cuerpo y noté que estaba todavía más excitado que yo. Me hubiera gustado permanecer más tiempo así, pero era consciente de que no aguantaríamos demasiado. No quería que aquello terminara sin poder sentirlo dentro de mí. Era una de las sensaciones a las que estaba completamente enganchada. Era consciente de que aquello podía parecer más digno de una adolescente que de una mujer de mi edad. Lo cierto era que en los últimos tiempos parecía tener las hormonas completamente descontroladas. Sin embargo, aquel no era el momento de pensar en ello. Ni mucho menos.

Me di la vuelta y me abalancé sobre sus labios. Aquella era una de las partes de su cuerpo que más me gustaban junto con otra que estaba a punto de sentir en mi interior. Empecé a besarle con desesperación, buscando su lengua para enredarla con la mía. Él enseguida abrió la boca y me recibió casi con la misma desesperación. Tenía un sabor maravilloso. Dulce pero sin empalagar y, al mismo tiempo, ácido. Aquella mezcla hacía que yo me olvidara hasta de respirar. Alargué la mano hacia su nuca y enredé los dedos en su pelo. Era castaño, sedoso y a mí me volvía loca su tacto, su aroma. Todo en él hacía que con una simple mirada mi cuerpo se pusiera a cien. Tiré del pelo un poco hacia atrás y Andrés quedó tendido bocarriba en la cama. Desde donde yo me encontraba, tumbada a su lado, las vistas eran espectaculares. Un cuerpo desnudo perfectamente trabajado a base de horas en el gimnasio. Enseguida mis ojos pasaron de la admiración más profunda de aquel cuerpo tan hermoso al deseo más incontrolable en cuanto mis ojos vieron aquella imponente erección. Sabía que podía deleitarme con todo tipo de caricias, incluso con el placer de sentir aquel miembro en mi boca. Jugar con él con la punta de mi lengua. Era consciente de todo aquello, pero la necesidad de tener aquella parte de su cuerpo dentro de mí superaba a cualquier otra cosa.

—Ven aquí, nena. —La voz de Andrés estaba cargada de deseo y yo no me hice de rogar. Me dejé caer sobre su cuerpo y dejé que mi sexo completamente mojado rozara contra el suyo.

Ahora se me escapó un gemido mucho más intenso al que él respondió sujetándome las caderas con fuerza.

—Aún no —dije entre jadeos y haciendo acopio de la poca voluntad que me quedaba—. Las cosas buenas se hacen esperar—. Sin pensármelo dos veces empecé a trazar pequeños círculos con mis caderas sobre su pene. Notarlo tan duro me estaba poniendo a mil y sabía que ninguno de los dos aguantaría aquella tortura durante mucho tiempo. Aun así hice todo lo posible por disfrutar de aquello. Apoyé las manos sobre sus abdominales y le miré directamente a los ojos. Me sentía poderosa, *sexy*, estupenda. En aquel momento no era consciente de ninguno de los defectos con los que a diario me atormentaba. Era una diosa del sexo y estaba dispuesta a disfrutarlo hasta el final. Clavé mis ojos en los suyos. Me volvía loca aquel verde intenso que adquirían cuando él disfrutaba de verdad. Sin dejar de mirarle aceleré el ritmo de mis caderas y empecé a notar un hormigueo casi incontrolable entre mis muslos.

—Si sigues así vas a hacer que nos corramos y no es eso lo que quieres, ¿verdad? —Andrés susurraba entre gemidos que iban en aumento y yo me excité aún más al escuchar su voz aún más grave como consecuencia del deseo que había en él.

—Ahora te enseñaré lo que quiero —respondí con el tono más perverso que pude.

Me bastó un sólo golpe de cadera para que él se colara en mi interior. Enseguida noté cómo Andrés palpitaba en mi interior y yo no andaba muy lejos de correrme también. Así que, aunque mi cuerpo me pedía que me moviera del modo más desenfrenado que pudiera, mi mente me ordenaba que alargara aquello lo máximo posible.

—¡Chsss! Todavía no. Apenas he empezado contigo —susurré tratando de aparentar estar mucho menos excitada de lo que en realidad estaba.

Andrés aferró sus manos a mis caderas en un intento de llevarme a su terreno. Sin embargo, yo fui capaz de controlar la situación y no cedí a sus deseos. Permanecí completamente quieta y pasados unos segundos él aceptó que por lo menos aquel polvo iba a ser a mi manera. Tengo que confesar que me estaba encantando aquella sensación de poder. Saber que lo tenía

completamente a mi merced y que era dueña tanto de su placer como del mío. Cerré los ojos tratando de saborear aquella sensación, que tan pocas ocasiones había tenido el placer de experimentar, y me concentré en buscar el modo de torturarnos un poco más.

Me incliné sobre su cuerpo y le acaricié el pecho con las uñas lo bastante fuerte como para que quedara una ligera marca sobre su piel. Andrés abrió los ojos como platos, pero no dijo nada. Seguí acariciándolo de aquel modo dejando que mis uñas se deslizaran de un pezón a otro. No podía asegurarlo con exactitud pero podría jurar que notaba su erección dentro de mí aún mayor si es que aquello era posible. Cuando consideré que ya había suficientes caricias fue mi boca la que pasó a la acción. Dejé caer mis labios sobre uno de sus pezones y empecé a morderlo muy despacio. Todo el cuerpo de Andrés se tensó bajo mi peso y apretó los dientes en lo que yo interpreté como un intento de controlarse. No sabía qué me gustaba más: si su esfuerzo por mantener el control de la situación o mi empeño en ser dueña de cada una de sus reacciones. Lo cierto era que nunca se me había dado demasiado bien eso de ser quien controlara en la cama. Más bien al contrario. Si tenía que elegir algo prefería dejarme hacer y no tener que preocuparme por nada. Pero hoy me estaba dando por todo lo contrario y tenía que confesar que estaba disfrutando muchísimo.

Seguí mordiendo aquellos pezones que cada vez estaban más duros. No sé cómo Andrés era capaz de aguantar aquella tortura casi sin inmutarse. De haber sido al contrario yo estaría ya completamente ida. A decir verdad lo estaba ya a pesar de que me estuviera esforzando por mantener el control de la situación. Apreté mis caderas contra su cuerpo aún más. El calor recorrió todo mi cuerpo y enseguida noté cómo mi sexo se contraía. No podría aguantar mucho más aquello. Tenía ante mí dos opciones. La primera era retrasar el momento del orgasmo lo máximo posible, convertir aquello en una dulce y lenta tortura de la que los dos acabaríamos suplicando el final; o bien sacar a pasear a la mujer tremendamente excitada que era en aquel momento. Aunque me daba mucha vergüenza esta última opción porque yo era más bien calladita y tímida con el sexo. No me lo pensé

dos veces. Aparté mi boca de los pezones de Andrés, me puse completamente erguida sobre mis caderas y empecé a moverme al ritmo que marcaba mi deseo. Más bien lo intentaba porque no tenía la capacidad de respirar lo suficientemente rápido como para acompañar a mis movimientos. Durante unos segundos miré a Andrés que tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos y gemía mientras prácticamente me arrancaba la piel de las caderas de lo fuerte que me estaba sujetando. Sentí cómo el placer empezaba a expandirse por todo mi cuerpo y aceleré el ritmo todo lo que pude.

—Aún no, nena —dijo Andrés, quien había abierto los ojos y me miraba con una sonrisa en los labios que yo no supe cómo interpretar.

Antes de que pudiera darme cuenta él me había levantado en brazos lo cual tenía muchísimo mérito porque yo no es que fuera precisamente delgada, me había dado la vuelta y ahora estábamos los dos arrodillados en la cama. Yo de espaldas y él sujetándome por la cadera con una mano y por el pecho con la otra. En aquella postura podía sentirlo dentro de mí incluso mejor que antes. No podía aguantar más, así que me esforcé en mover las caderas todo lo rápido que pude. Le oía gemir junto a mi oído y aquello me excitaba muchísimo. También podía escuchar mi respiración entrecortada. En cualquier otro momento me hubiera muerto de vergüenza pero el hecho de que él no pudiera ver mi cara de placer me ayudó a perder parte de mi pudor habitual. Así que me atreví a hacer lo que me estaba pidiendo el cuerpo en aquel instante. Apoyé una mano sobre los muslos de Andrés para poder mantener el equilibrio y dejé caer la otra directamente sobre mi clítoris. Enseguida mis dedos marcaron el ritmo y me dejé llevar por un orgasmo intenso, salvaje. Unos segundos después todo el cuerpo de Andrés se tensó, noté cómo se vaciaba en mi interior y ambos dejamos escapar un grito enorme de placer.

No quería moverme aunque, a decir verdad, las rodillas apenas podían sostener todo el peso de mi cuerpo. Quería prolongar un poco más aquella sensación de placer. Dejar que mi cuerpo volviera poco a poco a relajarse sin dejar de sentir aquel deseo en mi interior. Andrés tenía la cabeza apoyada en mi

hombro y respiraba con dificultad aunque tampoco hacía nada para separarse de mí. Al intentar mover un poco mis caderas pude notar cómo todos los músculos de mi sexo se contraían de nuevo. No podía ser. Acababa de tener uno de los orgasmos más maravillosos de mi vida y mi cuerpo pedía más. Aquella reacción de mi cuerpo no pasó en absoluto desapercibida para él.

—Quieres más, ¿eh? —dijo mientras se apretaba contra mí y dejaba caer las manos por mis caderas.

Por suerte para mí no podía verme. Tenía las mejillas completamente encendidas y estaba muerta de vergüenza. Era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba de aquel modo después del sexo. Yo siempre había sido mujer de un solo orgasmo pero hoy mi cuerpo parecía que iba por libre. No sabía cómo reaccionar ni qué sentir pero llegados a aquel punto qué tenía de malo disfrutar un poco más. Así que dejé que él volviera a tomar el control. Protesté cuando sentí que salía de mi interior pero enseguida consiguió acallar mi lloriqueo cuando me sentó a horcajadas sobre su boca. Aquello era demasiado. Nunca había estado con alguien que se metiera entre mis piernas con aquella naturalidad. Tampoco había practicado demasiado sexo oral. Era algo que me daba muchísima vergüenza y, ahora, allí estaba sintiendo cómo aquella lengua recorría cada centímetro de mi sexo haciéndome desear un nuevo orgasmo.

Oleadas de placer se expandían desde mi sexo al resto de mi cuerpo. Abrí los ojos. Jadeaba con tanta fuerza que incluso me sentía un poco mareada. Tenía los muslos empapados y sudaba por cada poro de mi piel. Miré hacia el otro lado de la cama esperando encontrar a Andrés pero no había nadie. De pronto la realidad me golpeó y con las últimas huellas del placer repartido por todo mi cuerpo entendí que él ya no estaba. Hacía seis meses que lo habíamos dejado. Mejor dicho él me había dejado después de siete años viviendo juntos. Un tiempo maravilloso que yo viví completamente convencida de que lo nuestro era para siempre. Así que no fui capaz de entender nada cuando, en la Nochevieja pasada, él me había dicho que todo se había terminado. Que simplemente había dejado de quererme y que era mejor dejar las cosas cuando todavía quedaba algo bonito entre nosotros para poder recordarlo. Traté de ofrecerle argumentos

en contra, hacerle ver que no era cierto lo que estaba diciendo. Pero él lo tenía claro y, por su forma de hablar, me dio la impresión de que hacía tiempo que tenía tomada aquella decisión. Entonces me limité a sentarme en el lugar más oscuro del local al que habíamos acudido con nuestros mejores amigos a despedir el año y dejar que las lágrimas resbalaran por mis mejillas sin control alguno. Desde entonces no había sido capaz de quitarme de encima la sensación de haber hecho algo mal para que Andrés me hubiera dejado y, sobre todo, me martirizaba por haber sido incapaz de verlo venir.

Ahora me sentía fatal por el sueño que acababa de tener. Qué coño me pasaba. Andrés no es que fuera precisamente el dios del sexo cuando estábamos juntos. Por qué mi mente se empeñaba ahora en hacerme creer lo contrario mientras dormía y no podía echar mano de algún recuerdo que echara por tierra aquella imagen que mi subconsciente se había hecho de él. Además, de dónde había salido aquella versión mía a lo Anaïs Nin. No es que fuera una mojigata desde luego, pero Andrés había sido el único hombre con el que me había acostado y todavía había muchos aspectos del sexo en los que yo apenas me había iniciado. La mujer que acababa de tener aquellos estupendos orgasmos sin duda alguna no era yo aunque, si era sincera, se aproximaba mucho a la clase de mujer que me encantaría ser.

Alargué la mano y me acerqué el despertador a los ojos. Me estaba haciendo mayor. Ya no era capaz de ver con claridad la hora desde la cama, algo que desde luego hace seis meses no me pasaba. Qué me había hecho la vida durante todo aquel tiempo. ¿Acaso iba a ser cierta aquella leyenda urbana que tantas veces había escuchado sobre gente a la que le salen canas en una sola noche? Me puse de pie de un salto y corrí hacia el cuarto de baño. En realidad no se podía correr mucho en un estudio de treinta metros cuadrados pero me pareció que tardaba una eternidad en ponerme delante del espejo para comprobar que mi pelo seguía teniendo su tono castaño claro habitual. Respiré aliviada cuando comprobé que todo seguía más o menos en orden. Sin embargo, algo llamó mi atención. Unas marcas moradas bajo los ojos que no estaban allí la última vez que me había mirado con detalle. Claro que aquello había sido el año pasado

como quien dice. Presa de un ataque de nervios me deshice de la camiseta agujereada que usaba para dormir y observé mi cuerpo, desnudo, frente al espejo. ¡Por Dios bendito! Aquello era peor de lo que pensaba. Aparte de estar blanca como la leche estaba fofa por todas partes. Y lo que era peor, tenía una especie de lorza sobre las caderas. Por mucho que me esforzaba en esconder la barriga, aquella enorme masa grasienta seguía allí. ¿Me habría salido durante la noche? Porque juraría que ayer eso no estaba aquí. Es más, recuerdo que para ir a trabajar me puse mi camiseta ceñida favorita de Desigual.

Entonces me acordé. Al final no había podido ponerme aquella camiseta la semana anterior para ir a trabajar porque misteriosamente había encogido en la lavadora. Recordé cómo me había sorprendido este hecho después de haberla estado lavando con el mismo programa durante más de dos años. ¡Ay madre! ¿Y si no había encogido? ¿Y si resultaba que era yo la que había engordado? Noté que el estómago se me encogía y apenas tuve el tiempo justo de levantar la tapa del váter y vomitar.

Cuando me aseguré de que las piernas podrían sostener el peso de mi cuerpo fui al lavabo y me lavé los dientes. Estaba a punto de echarme a llorar pero no quería llegar a trabajar con los ojos como si volviera de un *after*. Así que regresé al dormitorio, cogí el móvil y llamé a Álex. Aún no eran las ocho de la mañana pero seguro que ella ya estaría estupenda y preparada para comerse el mundo en la agencia de publicidad en la que trabajaba.

—¿Te has caído de la cama o es que aún no te has acostado? —Efectivamente, Álex estaba en plena forma a una hora en la que la mayoría de los mortales estamos más bien que mordemos.

—Dime que no estoy gorda y que no me estoy convirtiendo en una de esas horribles treintañeras fofas y carentes de autoestima porque un tío las ha dejado.

—Marga, cariño... —Noté una ligera vacilación en el tono de voz de Álex y empecé a temblar—. Tú no estás gorda. ¿Quién se ha atrevido a decirte semejante gilipollez?

—Nadie. Es sólo que me he levantado, me he mirado en el espejo y en fin... ¡No lo sé! —Empecé a llorar y a sorber mocos al mismo tiempo.

—A ver no te voy a mentir. Sabes que no puedo —oí cómo respiraba hondo al mismo tiempo que intuí que no me iba a gustar nada lo que me mi mejor amiga tenía que decirme—. Desde que pasó lo de Andrés es cierto que estás un poco abandonadita, te arreglas menos, y es posible que hayas cogido un par de kilos pero eso no te convierte en absoluto en una mujer ni fracasada, ni obesa. Además todo tiene solución.

Admiraba aquella energía que tenía Álex. Ella sí que era fuerte. Una triunfadora que tenía todo lo que se había propuesto en la vida. Una mujer con una carrera profesional de éxito, muy bien pagada para los tiempos que corrían, y que, además, mantenía una relación idílica con Sergio, un antiguo compañero de la universidad con quien se había reencontrado unos años atrás en una reunión para organizar una campaña de publicidad. Lo suyo pasó de la alegría del reencuentro a un sentimiento mucho más especial en cuestión de horas. Hacía ya dos años que se habían ido a vivir juntos y yo no era capaz de recordar una sola ocasión en la que Álex me hubiera dicho que habían discutido.

—¿Crees que alguien volverá a quererme alguna vez? —Me odiaba a mí misma por parecer tan débil e insegura pero aquella pregunta me estaba torturando desde hacía meses. Además sabía que si no hablaba de ello lo antes posible era más que probable que se terminara haciendo realidad.

—Esa no es la pregunta. Lo que debe preocuparte es si hay alguien digno de que le des tu amor. Tú te mereces todo, ¿me oyes? T-O-D-O —Podía imaginarme a la perfección la cara de Álex deletreando aquella palabra y eso me hizo sonreír.

—Sí... —dije apenas en un susurro—. Supongo que sí.

—Anda ve al armario y coge lo más *sexy* que tengas para ir a trabajar. Date una buena pasada de pintura y sal a comerte el mundo. Tienes todo un fantástico día por delante y yo voy a llegar tarde a trabajar como siga haciendo de consejera de tres al cuarto. Tengo que dejarte, cariño. Voy con el tiempo justo para una reunión. Te veo esta noche —dijo Álex y colgó.

Casi lo había olvidado. Aquella noche Álex y Sergio habían organizado una cena en casa para celebrar el inicio del verano. Cuando nos lo propuso al resto del grupo de amigas y a mí me pareció una idea fantástica pero ahora mismo la idea no

me apetecía en absoluto. Sólo quería que pasara el día, llegar a casa y meterme en la cama sin tener, siquiera, que hablar con nadie. En el fondo sabía que no podría hacerlo. No podía faltar a la fiesta de mi mejor amiga así que tendría que hacer de tripas corazón y hacer acto de presencia en su maravilloso ático al menos durante un par de horas.

Le envié un mensaje de texto a Montse, otra de mis amigas que también estaba invitada a aquella fiesta:

¿Quedamos a las siete y vamos a comprar algo para Álex y Sergio?

Con toda la crisis se me había hecho tarde para desayunar así que fui directa al armario y escogí la ropa más sugerente y que me entrara. A pesar de las palabras de ánimo de Álex acababa de comprobar que desde el verano anterior había engordado, y bastante. Me angustié mucho aunque enseguida se me pasó porque, si no me daba prisa, también iba a llegar tarde al trabajo. Otra vez.

Intentar cruzar en autobús media Barcelona a las ocho de la mañana de un lunes era poco más que misión imposible. Debería haber cogido el metro pero la verdad era que con aquel calor y humedad, que hacían que la ropa se me pegara al cuerpo, lo que menos me apetecía era meterme bajo tierra. Mala elección porque ahora no compensaba el estado de nervios en el que me encontraba. No me gustaba llegar tarde y mucho menos en aquellos días en los que el ambiente en la editorial estaba bastante enrarecido. Yo lo achacaba al estrés y al agotamiento que teníamos todos debido al ritmo de trabajo tan salvaje que llevábamos desde enero. Aun así, yo tenía la extraña sensación de que había algo que se me escapaba, algo que tenía que ver conmigo y que no acababa de entender.

Hacía siete años que trabajaba allí. En principio se suponía que iba a leer manuscritos, hacer correcciones de estilo, de aquellos manuscritos que la editorial fuera a publicar, y promocionar las novedades literarias en redes sociales. Pero la realidad era que había terminado haciendo un poco de todo en una jornada laboral que superaba las catorce horas diarias. Y no era que yo no supiera organizarme en el trabajo, aunque en ocasiones

intentara convencerme de ello. Era más bien que tenía un jefe que estaba bastante loco y obsesionado con vender, constantemente, al precio que fuera. Supongo que todo se contagia así que desde hacía ya varios años me veía obligada a hacer malabares con mi vida para conservar a mis amigos, disfrutar de un escasísimo tiempo libre y encima tratar de sacar una relación sentimental adelante. Obviamente en esto último había fracasado estrepitosamente pero, aun así, estaba bastante satisfecha de que el resto de cosas funcionaran sobre todo teniendo en cuenta que vivía en la España de los seis millones de parados y, por suerte, yo no era uno de ellos.

Para mi sorpresa fui la primera en llegar. El calor nos había hecho llegar tarde a todos por lo que me alegré de que no quedara constancia de aquello. Encendí el portátil y luego fui directa hacia la cafetera. Con todo el trasiego de aquella mañana ni siquiera había desayunado y necesitaba una buena dosis de caféina para ponerme en marcha. Mientras veía cómo iban cayendo las gotas de café dentro de la taza pensé en el modo de organizarme mejor en el trabajo para poder disfrutar un poco más de aquel verano que estaba a punto de comenzar. Iba a tener unos días de vacaciones durante el mes de agosto pero también me apetecía disfrutar un poco de la playa, como hacían el resto de mis amigas que tenían la suerte de trabajar en sitios civilizados en los que podían disfrutar de una jornada de verano, por lo que a las tres de la tarde estaban en la calle con más de medio día por delante. Yo, como siempre, me veía obligada a hacer malabares e intentar tostarme al sol, con suerte, algún domingo que no hubiera sido abducida por llamadas o correos electrónicos del pirado de mi jefe. Por lo menos este año no iba a tener que preocuparme, además, por contentar a Andrés quien odiaba profundamente a lo que yo me dedicaba y no entendía por qué no podía llegar a casa a una hora decente y desconectar del trabajo sin más.

Me senté y empecé a revisar el medio millón de correos que tenía en mi bandeja de entrada. Era posible que estuviéramos en verano pero aquello no parecía ser un problema para el resto del universo que seguía moviéndose al ritmo frenético de trabajo de siempre. Miré unos segundos por la ventana y sentí nostalgia

de otro tiempo en el que podía disfrutar de la ciudad en la que siempre había querido vivir pero que ahora apenas conocía. Respiré hondo y volví los ojos hacia el ordenador. Me sumergí en otro día de locos que, para no variar, empezaba demasiado temprano.

Poco a poco el resto de mis compañeros fueron llegando y enseguida volví a experimentar aquella sensación tan desagradable en la boca del estómago. Había demasiado silencio a mi alrededor y eso me inquietaba. No es que soliéramos trabajar con mucho ruido pero tampoco con aquel silencio sepulcral. Intenté convencerme de que sólo eran paranoias mías y que lo más probable era que todo el mundo estuviera igual de agobiado que yo. La verdad es que con mis colegas me llevaba bastante bien, a excepción de la zorra de Laia, la secretaria del director, una auténtica trepa que nos hacía la vida imposible a todos, siempre bajo aquella falsa amabilidad y la sonrisa de serpiente que llevaba siempre en los labios. En cualquier caso traté de obviar el ambiente enrarecido y me sumergí en otra jornada maratoniada de trabajo. Pensé que en unas pocas semanas podría descansar de todo aquello y seguro que vería las cosas desde otra perspectiva una vez que hubiera logrado dormir más de cinco horas seguidas.

A la hora de comer estaba bastante más calmada. Tenía trabajo para meses así que mi única preocupación debía ser centrarme en quitármelo de encima, lo antes posible, para poder pasar algo de tiempo con mis amigas. Durante el almuerzo, en la pequeña sala que teníamos habilitada para ello, el resto de mis compañeros estaba menos tenso que a primera hora de la mañana lo que supuso también un alivio para mí. Después de gastarnos alguna que otra broma y de criticar a la zorra de Laia, algo que se había convertido en una auténtica afición porque además ella cada día contribuía con su actitud a que la odiáramos un poco más, todos volvimos a nuestras respectivas tareas. A las cuatro de la tarde Jaume apareció por la editorial, tan estresado como siempre. Aquella era la hora en la que cada uno de nosotros pasábamos algo de tiempo con él y le explicábamos en qué estábamos trabajando, al tiempo que aprovechábamos para consultar cualquier tipo de duda que tuviéramos. Las

pequeñas reuniones diarias también servían para que él nos aleccionara sobre su particular forma de entender el negocio editorial y el mundo en general. Como su opinión era siempre la misma, cada tarde me veía obligada a escuchar los mismos argumentos que el día anterior. Por suerte con los años había desarrollado una depurada técnica que consistía en poner cara de interesarme muchísimo lo que me estaba contando, incluir de forma acertada algún gesto de asentimiento y esperar a que su voz dejara de sonar. Con el tiempo también había aprendido que no era sano para mi mente tener que oír las mismas quejas día tras día así que hacía todo lo posible por conservar la cordura, aunque con mi jefe aquello fuera casi una misión imposible.

En cuanto entré en su despacho me di cuenta de que Jaume estaba más pálido de lo habitual y que sudaba muchísimo. Lo segundo no me sorprendía demasiado habida cuenta del calor que hacía en Barcelona y de que él siempre iba corriendo de un sitio a otro. En muchas ocasiones incluso había llegado a pensar que el día menos pensado nos llamarían diciendo que le había dado un infarto. Los niveles de estrés de aquel hombre superaban todo lo imaginable y mira que yo había trabajado en sitios donde la adrenalina corría por los teclados pero nunca antes me había tenido que enfrentar con una personalidad como aquella.

—Marga, pasa y siéntate —dijo en cuanto me intuyó en la puerta de su despacho sin apenas levantar la vista de la pantalla de su portátil, algo que hacía con bastante frecuencia, y que me parecía una falta de respeto pero a lo que, por desgracia, estaba ya bastante acostumbrada.

Yo obedecí y me limité a dejar el cuaderno de notas discretamente sobre su mesa y a mirarme las uñas mientras esperaba a que mi jefe terminara aquel ejercicio en el que me recordaba, quizás ya con demasiada frecuencia, que su tiempo era muchísimo más valioso que el mío. No sé cuánto tiempo permanecí allí sentada pensando en todas las cosas que podría estar haciendo en aquel mismo instante. Al final mi jefe pareció darse cuenta de que yo seguía allí, se levantó despacio de la silla y cerró la puerta de su despacho. Este gesto no me sorprendió demasiado. Era algo que Jaume solía hacer con cierta frecuencia, en especial,

cuando te escogía como favorita del día para hacerte partícipe de sus opiniones sobre el resto de personas que trabajaban allí o cuando te invitaba a sincerarte sobre la forma de trabajar de los demás, una trampa que yo había conseguido sortear de forma más o menos airosa durante los siete años que llevaba allí. Iba a empezar a contarle en lo que estaba trabajando y, además, quería aprovechar para entregarle toda la programación de presentaciones y entrevistas con autores del próximo trimestre, algo en lo que llevaba semanas trabajando. Sin embargo, él se me adelantó.

—Marga... No sigues trabajando con nosotros.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Empecé a temblar y enseguida las lágrimas acudieron a mis ojos. No estaba segura de haber entendido bien lo que Jaume me acababa de decir y, sin embargo, el lado más racional de mi cerebro me repetía una y otra vez que había captado el mensaje a la perfección. El peor de mis temores, aquella angustia que llevaba rondándome por la boca del estómago desde hacía meses, aquella paranoia de que estaba sucediendo algo a mi alrededor pero que no lograba entender, se acababa de hacer realidad. No acertaba a pronunciar ninguna palabra coherente. Supongo que mi jefe tampoco esperaba que lo hiciera.

—Léete estos documentos –dijo señalando una carpeta verde que descansaba sobre la mesa– y si estás conforme con ellos los firmas, por favor.

Alargué la mano para coger la carpeta pero mis manos temblaban tanto que apenas podía sostenerla. Respiré hondo y traté de tranquilizarme. Aquel era sin duda el momento más duro de mi vida. Nunca antes me habían despedido de ningún trabajo. Al contrario. Había sido siempre yo quien los había dejado por algo mejor. No estaba preparada para asumir aquello sobre todo teniendo en cuenta que no se me ofrecía ningún tipo de explicación o de argumento que yo pudiera rebatir. Mis ojos paseaban por las líneas del documento perfectamente redactado en el que se me informaba de que se rescindía mi contrato por motivos económicos. Yo sabía que aquello no era cierto. Llevaba más de dos meses haciendo entrevistas a candidatos para ocupar dos puestos de trabajo porque no dábamos abasto con todo lo que teníamos que hacer. De hecho estaba previsto que dos

personas se incorporaran al equipo en menos de una semana. Me estaban mintiendo descaradamente, lo sabía y, entonces, entendí que me estaban despidiendo por algo personal. Seguí leyendo el documento y repasé mentalmente si la cantidad de dinero que me ofrecían como indemnización se ajustaba a lo que me pertenecía. A simple vista parecía correcta. Además no pude evitar pensar qué suerte tenía de recibir finiquito con la que estaba cayendo cuando la empresa podía largarme de allí con una mano delante y otra detrás.

Jaume no apartaba los ojos de mí. Yo hice un esfuerzo sobrehumano para mantener la dignidad ante todo aquello así que, antes de estampar mi firma en el papel que me ponía directamente de patitas en la calle, le entregué la programación del trimestre en la que tanto había trabajado y de la que tan orgullosa me sentía.

—Aquí tienes la planificación que pediste para antes del verano —le dije mientras le tendía la carpeta en la que me había tomado la molestia de encuadernarlo—. También te lo he pasado por *e-mail* para que pudieras consultarlo si hoy no venías al despacho. —Noté que la voz se me empezaba a quebrar así que bajé la vista de nuevo a los papeles y los firmé. Tuve todavía la suficiente sangre fría para separar la copia de la empresa de la que debía quedarme yo, así como de comprobar que el cheque con el que me echaban a la calle estaba bien hecho. Lo último que me apetecía era tener que volver allí a reclamar algo. Estaba tan inmersa en mis emociones que ni me había dado cuenta de que Jaume había palidecido más aún y ahora sudaba a chorros a pesar de que el aire acondicionado del despacho funcionaba a la perfección.

—Marga... Has hecho un trabajo fantástico con esto —dijo mientras señalaba el documento que le acababa de entregar.

—Lo sé. Cuando tengo el tiempo suficiente y los recursos necesarios soy muy buena en lo mío—. Sabía que aquella chulería estaba un poco fuera de lugar pero estaba harta ya de que se llevara tiempo cuestionando, aunque no de forma explícita por supuesto, todo lo que yo hacía allí. Además qué más podía pasarme. Estaba en la calle así que por lo menos podía permitirme el lujo de decir una mínima parte de todo lo que estaba pensando en aquel momento.

—Hay cosas de ti que no han encajado con mi forma de trabajar y tampoco con los compañeros. Yo siempre he apostado por ti pero ha llegado un momento en el que tengo que tomar algunas decisiones.

—Son cosas que pasan —acerté a murmurar.

No entendía por qué se estaba justificando y mucho menos comprendía las razones por las que quería que pareciera que todo aquello era culpa mía. Nunca había tenido a Jaume ni por un jefe justo ni mucho menos por una buena persona pero me pareció muy mezquino que encima de dejarme sin trabajo tratara también de machacarme el autoestima. Por suerte me convencí en aquel instante de que era inútil discutir nada de aquello. Lo conocía lo suficiente como para saber que la decisión era irrevocable así que guardé silencio mientras que él me decía aquello: las frases educadas de rigor tipo «vuelve a vernos cuando quieras» o «siempre serás bien recibida aquí». Sí claro. Jaume debía de pensar que yo era gilipollas o algo así si creía que iba a volver a poner un pie en una empresa en la que me había dejado la piel durante tantos años y de la que se me estaba invitando a salir de aquel modo. Noté que los ojos me escocían pero lo último que quería era echarme a llorar allí. Me levanté con toda la tranquilidad y dignidad que pude.

—No hace falta que termines el día de hoy. Puedes recoger tus cosas si quieres y marcharte —dijo Jaume quien se había puesto detrás de mí y me abrió la puerta del despacho.

No es que yo hubiera pensado ni mucho menos quedarme allí en aquel estado pero la urgencia que había en su voz, aquella necesidad que existía de que yo desapareciera de allí lo antes posible fue demasiado para mí. Me costaba respirar y tratar de contener las lágrimas al mismo tiempo. Sabía que tenía que hacer un último esfuerzo. Tenía que despedirme de mis compañeros y tampoco quería que ellos me vieran así. No es que fuéramos amigos ni nada de eso pero sí que habíamos compartido los momentos suficientes como para saber que a la mayoría de ellos les iba a disgustar aquello. Cuando llegué a mi zona de trabajo todos me miraban con aire triste. Entonces comprendí de nuevo a qué se debía la tensión que había notado en el ambiente aquel día. Lo sabían. Todo el mundo era

consciente de que iban a despedirme. Todos menos yo, por supuesto.

—Marga ha hecho un gran trabajo para nosotros durante estos siete años —oí que decía Jaume a mi espalda—. Quiero que todos sepáis que se va como amiga de la empresa y que siempre será bienvenida aquí.

Yo ni siquiera me molesté en decir nada. Bastante tenía con recoger mis cosas de encima de la mesa sin que se me cayeran al suelo porque todo mi cuerpo estaba temblando de forma casi incontrolable. Notaba las miradas de todos mis compañeros puestas en mí. Volví a respirar hondo. A repetirme que sólo debía aguantar unos minutos más hasta salir a la calle y poder dejar salir todo lo que estaba sintiendo. Me aseguré de que llevaba en el bolso todo lo que había mío encima de la mesa que, a decir verdad, no era demasiado. Cuando estuve lista levanté la cabeza y vi que algunos de mis compañeros me miraban con lágrimas en los ojos. Aquello me conmovió pero al mismo tiempo me hizo pensar en todas las cosas que sabían y que jamás me habían contado. En cualquier caso tampoco era cuestión de culparlos a ellos por lo que estaba sucediendo. Todo el mundo tenía derecho a salvar su culo en el trabajo y supongo que, si hubiera sido al revés, yo tampoco le hubiera dicho a un compañero que lo iban a despedir. O sí... En cualquier caso ya nunca lo sabría.

Cuando mis ojos se posaron en Jaume vi que la zorra de Laia estaba justo a su lado. En apariencia tenía la misma cara de pena que el resto pero yo sabía que, en su interior, estaba disfrutando con todo aquello. Es más... estaba completamente convencida de que todo aquello había sido en gran parte idea suya. Nunca me había soportado. Me tenía enfilada desde el primer día en el que entré a trabajar en la editorial. Era fría, sibilina y en más de una ocasión nos habíamos enfrentado de forma abierta. A lo largo de los años yo había conseguido capear algunas de sus estocadas pero supongo al final su influencia sobre Jaume y también sobre otro de los socios de la empresa habían terminado por imponerse.

—Chicos ha sido un placer trabajar con vosotros. —Ahora miraba a mis compañeros. Aquellos con los que había compartido

fatigas, nervios, preocupaciones y, también, risas durante tanto tiempo. En realidad sólo era de ellos de quienes quería despedirme y poco me importaba ya quedar bien con nadie más.

Uno a uno mis compañeros fueron acercándose a mí. Todos ellos me dieron palabras de ánimo y prometieron mantener el contacto conmigo mientras que yo lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes. Ahora menos que nunca quería romper a llorar y encima darle el gustazo a Laia de verme tan destrozada como en realidad estaba. Cogí mi bolso y me lo colgué en el hombro. Les di la espalda a todos, abrí la puerta y salí al ascensor. Me ahogaba. Las piernas apenas me sostenían y, ahora sí, las lágrimas se deslizaban por mis mejillas sin ningún control. Yo seguía tratando de no venirme abajo por completo. Sabía que dentro del despacho todavía estarían pendientes de mí. Cuando salí a la calle el calor de finales de junio me golpeó. Estaba aturdida y mareada. Las piernas amenazaban ya con dejar caer todo el peso de mi cuerpo. Aun así encontré la energía suficiente para cruzar la Diagonal y coger una de las calles de bajada del Eixample. No tenía ni idea de hacia dónde ir, ni qué hacer. Sólo trataba de contener los sollozos que se ahogaban en mi garganta. Me apoyé en la pared de piedra gris de uno de los edificios por los que pasaba a diario al volver del trabajo. Traté de respirar hondo, de pensar en lo que iba a hacer a continuación pero no pude. No podía dejar de llorar. Todo mi cuerpo se convulsionaba a pesar de cómo me estaba esforzando yo para que aquello no sucediera. Durante varios minutos, no podría asegurar cuántos, perdí el mundo de vista y sólo fui capaz de experimentar el dolor y el fracaso más inmenso de toda mi vida. Me sentía sola, perdida, vacía, inútil también, decepcionada, engañada y traicionada. Lo único que había hecho durante todos aquellos años era trabajar como una bestia, implicarme incluso más de lo necesario en aquella empresa que ahora me estaba recompensando de aquel modo. Pensé entonces en Andrés y en todas las veces que habíamos discutido porque él no paraba de decir que no era normal mi adicción y dependencia del trabajo. Aquello desde luego no me hizo sentir mejor. Al contrario. Contribuyó a que me hundiera un poco más.

—¿Te encuentras bien? —Noté un ligero movimiento en el brazo y separé un poco la cara de la pared en la que la había apoyado durante todo este tiempo. Levanté los ojos y vi a un chico justo delante de mí. No lo conocía de nada y tampoco entendía por qué me estaba hablando—: Oye siéntate un momento y te preparo un café —dijo aquel desconocido mientras me señalaba una silla que había en una terraza cercana.

—No. Ya me encuentro mejor. Gracias. —Poco a poco fui separando el cuerpo de la pared y traté de recomponerme.

—Tienes mala cara. Descansa un poco y deja que te prepare algo, por favor.

No estaba para discutir. A decir verdad no estaba para nada así que hice caso y me senté en la terraza de aquel bar por el que llevaba años pasando y en el que nunca antes había estado.

—Te traeré un café —dijo aquel chico moreno que llevaba un delantal blanco y que enseguida identifiqué como el camarero.

—Mejor me preparas una tila, por favor.

Apenas me salía la voz pero aún mantenía algo de cordura. Lo último que necesitaba en aquel momento era algo que me pusiera más nerviosa de lo que ya lo estaba. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que la gente que había sentada en las mesas cercanas no dejaba de mirarme. Probablemente había montado todo un numerito con aquel llanto incontrolable que llevaba pero no podía hacer nada por evitarlo. Abrí el bolso y después de dejar varias cosas sobre la mesa encontré el paquete de pañuelos de papel. Me soné del modo más discreto que pude y traté de recomponerme. Notaba cómo me pesaban los ojos y también lo hinchados que los tenía. Tampoco podía respirar con normalidad y el temblor por todo mi cuerpo no cesaba. No quería pensar en lo que acababa de suceder pero las palabras y todas las imágenes de lo que acababa de vivir venían a mi mente una y otra vez. No entendía nada. No era capaz de racionalizar nada. Por suerte en aquel momento el camarero había llegado con la tila y tuve con lo que entretenerme durante los minutos siguientes.

Mientras sorbía lentamente de la taza continuaba pensando en qué era lo próximo que debía hacer. Lo primero que se me ocurrió fue llamar a casa y contárselo a mi madre. Siempre

habíamos mantenido una relación muy estrecha. Nos lo contábamos todo. Sin embargo, aún no había terminado de marcar su número en el móvil cuando las lágrimas volvían a llenarme los ojos. Tenía que tranquilizarme antes de darle la noticia. Pensé entonces en llamar a Álex pero enseguida lo descarté. Ella era muy pasional y seguro que me propondría contratar a alguien para matar a Jaume y romperle las piernas a Eva, o al revés. No necesitaba más emociones por el momento. No pude evitar pensar entonces en Andrés. Seguro que aquella frialdad con la que lo analizaba todo me vendría de maravilla. Sin embargo, apenas habíamos vuelto a hablar desde que lo nuestro había terminado. Llamarle para contarle que me acababan de despedir ayudaría a reforzar su argumento de que había hecho el tonto en aquella editorial durante todos estos años. Eso me entristeció y me enfureció por partes iguales. Descartado Andrés me quedaba Montse aunque tampoco estaba segura del todo de que ella fuera la persona más adecuada para aquel momento. Ella era la amiga con la que te fumabas los porros, la que traía las botellas de vino o de ginebra, con la que nos servíamos copa tras copa hasta llegar al punto de poner a parir al universo entero. Era la soltera empedernida y feliz de estarlo. La mujer que usaba a los hombres como quería y que siempre le había importado un rábano su carrera profesional. Había estudiado Económicas en la universidad y cuando terminó se presentó a unas oposiciones en el ayuntamiento de su pueblo que, para sorpresa de todos, ganó sin enchufe alguno. Desde hacía diez años trabajaba de ocho a tres como secretaria del mismo concejal y mantenía una actitud intachable. Sin embargo, en cuanto se subía al coche se transformaba en una mujer completamente diferente y a la que muy pocos en aquel pueblo en el que, por suerte para ella, no vivía conocían de verdad.

Miré la hora. Pasaban las cuatro de la tarde, Montse debía de estar ya en casa o en la playa, con aquella espléndida tarde de verano que hacía. Cogí el móvil aún con manos temblorosas y la llamé. Enseguida me respondió y yo sólo fui capaz de echarme a llorar.

—Sabía que te hacía ilusión la fiesta de esta noche pero no creía que iba a ser para tanto. —Podía oír la risa de Montse al

otro lado del teléfono—. Venga que seguro que hoy conoces a algún tío estupendo y se te pasa todo.

Empecé a sollozar aún más fuerte. La tila no había hecho aún el efecto suficiente para calmar el ataque de nervios que estaba sufriendo.

—Marga, cariño, ¿estás bien? ¿Qué sucede? —seguí sin decir nada. Notaba que me faltaba el aire mientras que miles de palabras se agolpaban en mi cabeza a tal velocidad que yo no era capaz de pronunciar ninguna de ellas—: Me estás asustando. ¿Dónde estás?

—En la calle —acerté a responder— en la puta calle. —Empecé a llorar con más fuerza pero siendo todavía bastante consciente de que no estaba sola.

—A ver, intenta tranquilizarte. —Era evidente que Montse se había puesto nerviosa, algo muy poco habitual en ella—. Respira hondo e intenta explicarme qué es lo que te ha pasado que te tiene así.

Intenté seguir su consejo. Cogí aire un par de veces e hice un esfuerzo enorme por bajarme el corazón de la boca que era donde lo tenía desde que me habían despedido. Cuando me vi capaz de pronunciar alguna palabra coherente empecé a hablar. Por sorpresa para mí fue incluso hasta fácil resumirle a Montse lo que me acababa de pasar.

—¡Hijo de puta, hace años que tendrías que haberlo mandado a la mierda! —Yo ahogué un sollozo porque sabía que en el fondo Montse tenía razón pero ya no podía hacer nada—. Perdona, cariño, pero es que las injusticias me ponen de muy mala hostia. Esto no es culpa tuya, ¿me oyes? Has dado más de lo que cualquier otra persona hubiera podido. Tu trabajo ha sido brillante durante todos estos años. Jaume es un capullo por haberte dejado marchar y por haber consentido que esa puerca de Eva le fuera con toda clase de chismes sobre ti.

Hacía años que mis mejores amigas estaban al corriente de lo que pasaba en la editorial en la que trabajaba. En los momentos más bajos que yo había vivido en aquel trabajo ellas siempre habían encontrado el modo de animarme y Laia se había convertido en el objetivo sus críticas más feroces. Con cierta frecuencia solíamos fantasear con la idea de que la cagaba tanto en

su trabajo que la despedían y pensábamos en las frases que le diríamos si nos la encontraríamos en algún bar un viernes por la noche, así que no me sorprendió demasiado la lista de insultos que salieron de la boca de Montse en cuanto conoció la noticia de mi despido.

—Ay, Marga, lo siento. Sé que lo último que necesitas ahora es escucharme decir barbaridades pero es que estoy flipando tanto... Oye, dime dónde estás y paso a buscarte.

—No soy muy buena compañía ahora. Prefiero estar sola pero hazme un favor. Dile a Álex que no puedo ir a su fiesta de esta noche.

—¡Ni lo sueñes! No vas a quedarte sola el resto del día comiéndote la cabeza, llorando tirada en el sofá o lo que quiera que tuvieras planeado hacer. Estoy en la puerta de casa así que dime dónde estás y espérame allí.

—En serio, Montse, no me apetece ver a nadie.—Tal vez no fuera buena idea quedarme sola pero sin duda era mejor que el plan de estar rodeada de gente alegre en una fiesta. Personas con una vida feliz y que, además, eran capaces de mantener su trabajo.

—Me importa una mierda lo que prefieras. Si no me dices dónde estás da igual. Ya te encontraré yo. Ahora te veo.

No tuve opción de decir nada más porque Montse me había colgado. En aquel momento sentí unas ganas enormes de salir corriendo. Incluso hice el intento pero las piernas apenas me sostenían. Levanté la vista y me di cuenta de que el camarero no me quitaba los ojos de encima. Debía de estar pensando qué hacer con la loca que tenía en la terraza del bar. En cuanto nuestras miradas se encontraron se acercó hasta mi mesa.

—¿Estás un poco mejor? —dijo y me enseñó una preciosa sonrisa.

—Sí. Gracias. Siento el numerito...

—Tranquila. Has sido más discreta que muchos de los clientes habituales.

Lo volví a mirar y me di cuenta por primera vez de que era realmente guapo. Moreno, alto, con la piel bronceada y unos ojos enormes de color verde. Lancé una mirada rápida y pude ver que bajo aquella camiseta ajustada de algodón y los

vaqueros se escondía un cuerpo bastante fuerte y musculado. Por un momento dejé volar mi imaginación... Qué estaba haciendo. Joder, acababan de despedirme, no sabía qué iba a ser de mi vida a partir de aquel momento y yo me dedicaba a coquetear con el camarero de un bar que probablemente sería gay como si tuviera quince años.

—¿Podrías traermé otra tila, por favor? —dije lo primero que se me pasó por la cabeza con tal de salir de aquella situación cuanto antes.

—Claro. ¿Seguro que no te apetece algo un poco más fuerte? —Aquella sonrisa en su rostro era una invitación al pecado y pensé que se me estaba insinuando. Enseguida mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad creando imágenes a cuál de todas más caliente. Escenas en las que por supuesto él estaba desnudo y yo muy en plan reina del sexo. Sentí que recuperaba el calor por todo mi cuerpo. Incluso estaba empezando a sudar. Lo miré directamente a los ojos sin saber qué responder. Lo cierto es que estaba bastante aturdida con todo.

—Déjame que te prepare algo especial. —Su voz interrumpió el hilo de mis pensamientos. Tampoco supe qué contestarle entonces. Así que unos segundos después lo vi desaparecer detrás de la barra y coger un montón de botellas.

Mientras esperaba en la terraza caí en la cuenta de que Montse estaba de camino. No creía que fuera capaz de encontrarme. Ni siquiera le había dado una pista de dónde estaba así que era bastante complicado que apareciera por allí. Lo que me extrañaba era no tener ningún mensaje suyo y que ni siquiera me hubiera vuelto a llamar. Un poco más calmada aunque todavía en estado de shock volví a revivir en mi mente lo que me acababa de suceder. La angustia que había disminuido un poco, gracias a la infusión que me acababa de tomar, volvió a instalarse en la boca de mi estómago. Así que hice un ejercicio de inteligencia y dejé de darle vueltas a algo para lo que era obvio que no estaba preparada. Me concentré entonces en lo que iba a hacer a partir de ahora.

Lo primero de lo que debía ocuparme cuanto antes era de apuntarme al paro. Nunca había estado sin trabajar antes así que por lo menos tenía dos años de paga asegurados. No tenía

ni idea de cuánto iba a cobrar pero seguro que Montse o Álex me podrían informar porque ellas estaban muy al día de todas estas cosas. Una de las ventajas de haber llevado aquella vida de mierda durante tantos años era que apenas había tenido tiempo para gastarme lo que ganaba. Durante todo el tiempo que había durado mi relación con Andrés habíamos compartido los gastos de la casa, la comida y todo eso. Los dos éramos personas que no necesitábamos demasiado y, aunque nos dábamos un capricho de vez en cuando, lo cierto era que ambos habíamos ahorrado algún dinero. Desde que él me había dejado los gastos habían pasado a ser todos para mí pero también era cierto que habían bajado considerablemente. Estar sola suponía menos lavadoras, una lista de la compra más reducida, menos luz, gas, agua... Hice un repaso rápido al estado de mis finanzas y me sorprendí de todo el dinero que había sido capaz de ahorrar en todos aquellos meses. Además, como estaba de bajón y en total conflicto con mi cuerpo desde que no tenía pareja, ni siquiera me había molestado en comprarme ropa nueva. Aquello me animó un poco. Estaba sin trabajo en el momento más complicado posible pero al menos, de momento, no me iba a faltar ni comida ni un lugar en el que vivir.

—Aquí es donde te escondes, ¿eh? —Montse me abrazó con fuerza nada más verme—. No tienes ni idea del suplicio que es aparcar por aquí —dijo mientras se sentaba a mi lado, sin soltarme de la mano—. Cuéntame qué ha pasado, anda.

—¿Cómo me has encontrado?

—El localizador —respondió agitando su móvil de última generación frente a mis ojos—. ¿Te acuerdas de que hace unos meses todas instalamos un programa en el teléfono para poder encontrarlo si lo perdíamos? —Yo negué con la cabeza—. Bueno pues lo hicimos y en vez de poner nuestros respectivos números los intercambiamos. Y así es cómo el teléfono me ha chivado dónde estabas.

No tenía ni idea de lo que me decía. No recordaba absolutamente nada de todo aquello pero tampoco era preocupante porque, desde hacía varios meses, no era capaz de recordar nada en mi vida que no tuviera que ver con Andrés o con la editorial. Hacía tiempo que era consciente del caos de vida que tenía y

de que no era normal que no pudiera tener otra vida que no estuviera relacionada con el trabajo. Cada vez que pensaba en ello llegaba a la conclusión de que se trataba de una etapa, de un momento de mucho estrés que terminaría pasando tarde o temprano.

—Aquí tienes. —Levanté la vista y me encontré con los ojazos verdes de mi amigo el camarero que acababa de colocar delante de mí una bebida que tenía una pinta fantástica.

—Tráeme otro de esos. —Montse no tuvo ningún reparo en mirar de arriba abajo al camarero. Incluso creo que se entretuvo algo más de lo que marca la educación en determinadas partes de su cuerpo—. Vamos a necesitar algo fuerte hoy y esto tiene una pinta fantástica.

—Montse no tienes remedio... —Alargué la mano, cogí la copa y le di un trago lo más despacio que pude. Aún temblaba y no era plan de echármelo todo por encima.

—¿Tú has visto lo tremendo que está?

—La verdad es que no he tenido tiempo de fijarme demasiado —Bajé la mirada y noté que los ojos empezaban a escocerme de nuevo.

—Tranquila. Ya verás como todo se arregla. Seguro que hay algo que podamos hacer entre todas. Ahora lo más importante es pensar en lo que nos vamos a poner esta noche para la fiesta de Álex y pensar en todas las copas que nos vamos a tomar gratis.

—No voy a ir a la fiesta. No quiero estropearlo todo y echarme a llorar en cualquier momento. Espero que Álex lo entienda.

—¡Claro que vas a ir, eso ya lo hemos hablado! A la mierda si eres o no buena compañía. A quien no le guste que se joda. No pienses ni por un segundo que vas a quedarte en casa castigándote por lo que acaba de pasar.

—Montse... —Sabía que iba a ser duro convencerla pero la sola idea de acudir a un sitio repleto de gente me ponía los pelos de punta—. Sólo quiero darme una ducha, prepararme algo para cenar y meterme en la cama. Me duele todo el cuerpo y la cabeza está a punto de estallarme.

—Te tomas esa copa y luego un par de estas —dijo mientras colocaba encima de la mesa una dosis considerable de

ibuprofeno—. Nos vamos a comprar el regalo de Álex y Sergio, pasamos por casa, nos ponemos divinas de la muerte y a romper la noche.

—¿Tu madre no te enseñó que no debían mezclarse el alcohol y las pastillas? —Me di cuenta de que aquella era la primera vez que sonreía aquel día y tenía que admitir que incluso me sentía un poco mejor.

—Nena, mi madre me enseñó cosas de las que te sorprenderías —Montse puso aquella voz tan suya de mujer fatal mientras le lanzaba miraditas al camarero que venía hacia nosotras con una copa para ella. Yo le di una patada por debajo de la mesa a ver si así reaccionada pero nada la detenía cuando tenía a un chico guapo delante— Muchas gracias, guapo. Seguro que con esto haces revivir a estas dos flores —dijo en cuanto el camarero dejó la copa encima de la mesa.

Yo me puse roja como un tomate y por lo que vi con el rabillo del ojo el pobre camarero también se había sonrojado. La única que parecía estar encantada de conocerse era Montse quien ya estaba saboreando aquel brebaje que llevaba cantidades ingentes de ginebra. Enseguida se encendió un cigarrillo y me enseñó la lista de cosas que podíamos ir a comprar para la fiesta. La verdad es que siempre tenía ideas geniales para regalar y en Navidad todas queríamos que fuera nuestra amiga invisible porque era maravilloso el modo que tenía de hacer las cosas. Enseguida nos pusimos a discutir sobre qué sería lo más apropiado. Cuando me di cuenta iba por la segunda copa y me sentía bastante más animada. Por supuesto seguía teniendo aquella desazón en el estómago pero estar arropada por Montse había logrado que dejara de pensar en todo lo malo que me acababa de suceder.